

tonces los canónigos de San Pedro, de San Juan de Letran, de Santa María la Mayõr, los demás eclesiásticos, aun los menos distinguidos, y con ellos los abades, los frailes mendicantes y la mayor parte de los religiosos se habian retirado de Roma muchos meses antes temiendo incurrir en el anatéma, si comunicaban con los cismáticos que estaban ya heridos de él. Me opongo por tanto á todo lo que ha hecho Luis de Baviera: sostengo que Juan XXII es católico y Papa legítimo: que el que ha tomado la corona imperial no es Emperador, sino escogido, y con él todos sus parciales." Habló largamente de este asunto el intrépido Colonna; ofreció confundir á todos los impugnadores con la fuerza de razones, y si necesario era con la espada en un lugar que fuese neutral. No dando persona alguna indicios de querer contradecir á este valiente, cuya resolucion imprimió en todos los presentes un estupor que los tenia como petrificados, dirigióse al punto á la puerta de San Marcelo, fijó en ella la bula, volvió luego á montar á caballo, salió de Roma y llegó á Palestina.

Los romanos, que no volvieron sobre sí hasta despues de su partida, corrieron á dar noticia al Emperador que se hallaba en San Pedro. Envió éste una partida de caballeros al alcance del campeón; pero estaba ya muy distante. El Papa instruido de este rasgo de valor y de generosidad, le hizo obispo y llamó cerca de su persona. No tardó Colonna en pasar los montes; y al otro dia de su hazaña,

23 de Abril, el Emperador convocó á los senadores y á los gefes del pueblo romano. El golpe iba errado: las deliberaciones fueron muy largas, y los dictámenes tanto mas multiplicados quanto eran mas inútiles.

Aparentando sin embargo Luis siempre el amor del bien y de la reforma, promulgó una ley que obligaba á los Papas á residir escrupulosamente en Roma, sin poder alejarse de ella mas de dos jornadas, á no obtener permiso del clero y del pueblo romano, y aun en este caso la corte y el consistorio debian permanecer en la ciudad. Si el Pontífice se ausentase contra esta regla, añade la ley, y si despues de tres avisos de parte del clero y del pueblo no volviese dentro del término prescrito, queremos que de pleno derecho sea privado de la dignidad pontificia, y que se proceda al punto á la eleccion de otro Papa, como si el ausente fuese muerto. Este rescripto, aunque cismático y nulo por mil razones, debia á lo menos hacer sentir á los Papas lo mucho que su emigracion fomentaba el cisma.

4. Negoció Juan XXII con los Príncipes de Alemania para hacer elegir otro Emperador; pero Luis de Baviera fue mas activo é hizo nombrar otro Papa. Para contentar al pueblo que queria tener á su Pontífice dentro de su casa, y para quedar árbitro de la autoridad pontificia, puso los ojos en un fraile menor, no uno de aquellos fugitivos célebres que se habian unido á él en Alemania, sino en un hom-

bre tranquilo, penitenciaro en Roma, de una gran familia y virtud, y que pasaba por inteligente y hábil en los negocios (1). Llamábase Pedro Rainalluci, pero es mucho mas conocido con el nombre de Pedro de Corbiere, que tomó del lugar de su nacimiento en el Abruzzo. En su juventud fue casado, y al cabo de cinco años, resistiéndolo su esposa, la dejó para hacerse religioso. Esta ilusion, como vamos á ver, no fue ni con mucho la mas perniciosa de este estraño devoto.

El dia de la Ascension, 12 de Mayo, el Emperador Luis juntó muy de mañana delante de la iglesia de San Pedro á todo el pueblo romano, hombres y mugeres, sin desechar á persona alguna (2). Dejóse ver como acostumbraba sobre el trono, revestido de todos los ornamentos imperiales, rodeado de grandes, de gran número de clérigos y religiosos, junto con el capitan del pueblo. Cuando hubo tomado asiento, se vió adelantarse Pedro de Corbiere, á cuya vista se puso en pie con aire respetuoso, haciéndole luego sentar á su lado bajo el dosel. Inmediatamente el predicador agustino, Nicolás de Fabriano, hizo un sermon, en que abusando como solia de las palabras de la Escritura, formó una idea alusiya violentamente á San Pedro libertado de la prision. El Emperador era el ángel, y el Papa Juan no dejó de figurar á Herodes. Despues de esta sátira impía, el obispo depuesto de Venecia, Jacobo Albertini, se presentó preguntan-

(1) *Vading. ann.* 1328. num. 3. (2) *Villan. lib.* 10. cap. 73.

do por tres veces al pueblo, ¿si querian por Papa á fray Pedro Rainalluci de Corbiere? Desde este momento se desvaneció al parecer el entusiasmo. El pueblo solo dió muestras de inquietud é incertidumbre; pero no obstante, el temor y el respeto humano hicieron dar algunas respuestas afirmativas. Con esto se levantó el Emperador, el obispo de Venecia leyó un decreto de eleccion, Luis dió al nuevo Papa el nombre de Nicolao V, le puso el anillo, le revistió de la capa, y le hizo sentar á su lado derecho: levantáronse poco despues los dos juntos, entraron con gran pompa en la iglesia de San Pedro, se celebró la misa del modo mas solemne, y luego fueron al convite acostumbrado.

El domingo siguiente nombró el Antipapa siete cardenales, entre los cuales no fueron olvidados sus profanos cooperadores. Jacobo Albertini fue creado cardenal obispo de Ostia, y Nicolás de Fabriano, cardenal presbítero del título de San Eusebio. Habia aun designado otros dos cardenales, que despreciaron esta dignidad cismática. El usurpadór, á pesar del mal estado de sus rentas, suministró desde luego lo mas que pudo para el lustre de este fantasma de pontificado; y para las mesas y equipages, tanto de su Papa como de sus cardenales. Nicolao, que poco antes bajo el nombre de fray Corbiere profesaba toda la austeridad y desapego de los que se llamaban espirituales de su órden, que sostenia la opinion de la estrecha pobreza de Jesucristo, que abominaba de las riquezas y de los ho-

nores de la prelaía , luego que se vió reconocido Papa , sufrió sin dificultad , y exigió como sus cardenales un tren y una librea ; una mesa espléndida , pages , gentiles-hombres , y en fin , una comitiva numerosa. En una palabra , el fraticelo con la tiara tomó tal gusto á la profusion , que agotado enteramente el Emperador se vió muy presto reducido á la imposibilidad de sostenerla. El Antipapa vendió entonces los privilegios , las dignidades y los beneficios , anulando las concesiones que el Papa legítimo habia hecho de ellos.

El Emperador quiso sin embargo consumir su obra. El dia de Pentecostes se fue á la iglesia de San Pedro con su Papa , á quien dió primero el solideo encarnado , haciéndole luego consagrar por el falso cardenal obispo de Ostia , Jacobo Albertini , el mismo que por último le coronó. A esta escena siguió inmediatamente otra. Aquella alma altiva y baja á un mismo tiempo , para poder decir que su propia eleccion habia sido confirmada por autoridad pontificia , se hizo coronar Emperador por aquel á quien él acababa de coronar Papa. El falso Pontífice nombró entonces muchos legados , tanto para la Lombardia como para otras provincias. El Príncipe dejó á Roma despues de haber establecido en ella por senador ó gefe de la magistratura á Rainiero de la Tagiola , quien no tardó mucho en ejercer en ella la tiranía , y mandó quemar á dos católicos intrépidos , porque calificaban de falso Papa á Pedro de Corbiere.

5. Continuando este intruso por su parte en representar su papel , publicó bulas contra Juan XXII (1). Confirmó la deposicion pronunciada ya por el Emperador : privó de sus beneficios á todos los clérigos seculares ó regulares que permaneciesen adictos al Papa Juan : prohibió á los mismos legos , bajo la pena de ser castigados como hereges , dar en adelante el nombre de Papa á Jacobo de Cahors , y obedecerle en manera alguna. Todos estos manejos burlescos á nadie alucinaron. Apenas fue necesario que el Pontífice legítimo pronunciase de una manera espresa contra el usurpador y sus fautores. El cisma no salió de la Italia , y aun en ella solo se apoderó de aquellas ciudades en que sus gefes se hicieron los mas fuertes. No tuvo mas existencia que la del dominio de los cismáticos ; y la fortuna del Emperador Luis cesó al mismo tiempo que los ánimos de los hombres se mudaron para con él , lo que sucedió del modo mas inesperado.

Sus negocios declinaron casi al momento de haber salido de Roma. Lo primero perdió á Pistoia , ciudad considerable de Toscana. Su obispo Donato Agustin , nombrado por el Antipapa , fue preso , y restablecido en su lugar Barenzo Ricardi , obispo legítimo. Volviendo Luis hácia el reino de Nápoles , intentó inútilmente penetrar en él ; y falto de víveres y dinero se vió precisado á restituirse á Roma el 20 de Julio. En 4 de Agosto debió abandonar un puesto en que disipados el entusiasmo y la se-

(1) *Rain. ann.* 1328. *num.* 44. 65.

duccion no estaba ya segura su persona, y él y su Papa partieron á Viterbo. El pueblo en todas las calles los trataba de hereges y escomulgados; y gritaban tras ellos: ¡perézcan los sacrilegos, viva la santa Iglesia! Arrojábanles piedras, y aun mataron á muchos de los suyos: y á la noche siguiente Bertholdo de Ursino, sobrino del cardenal legado de Juan XXII, entró en Roma con sus tropas. Llegó á ella su tio con su comitiva tres dias despues, y recibieronle con honores extraordinarios. Sujeta otra vez Roma de esta manera á la obediencia del Pontífice, cometieron un sinnúmero de actos de abominacion contra Luis de Baviera y Pedro de Corbiere. Quemaron todos sus privilegios en la plaza del Capitolio: y el pueblo bajo y los muchachos se derramaron por los cementerios, desenterrando los cuerpos de los alemanes y de otros cismáticos, y despues de haberlos arrastrado por la ciudad, los arrojaron al Tiber.

6. Dejó el Emperador por algun tiempo á su Pontífice en Viterbo, y partió á Pisa, á fin de procurarse en esta ciudad un asilo mas seguro á los de su partido. Murió en esta marcha Marsilio de Pádua, uno de los doctores cismáticos que aquel Príncipe llevaba á todas partes consigo. Habíanle condenado por herege en el año 1327, por haber dado á luz una obra famosa que tenia por título: *el defensorio de la paz* (1). Era su objeto principal realzar la potestad temporal, degradada por las opinio-

(1) *Rain. ann. 1327. num. 12.*

nes de entonces tocante al poder de los Papas. Pretendia Marsilio, que subsistiendo el imperio antes que la Iglesia tuviese dominio alguno temporal, no podia aquel estar sujeto á la Iglesia; y que si ésta habia egercido por algun tiempo ciertos derechos contra las libertades del imperio, era por usurpacion; de donde concluía, que ni el Papa, ni toda la Iglesia junta podian imponer penas coactivas á persona alguna, si el Emperador no la autorizaba para ello. A estas proposiciones enlazaba otras, que subordinaban á la autoridad política el poder incontestable y puramente espiritual de la gerarquía. Daba derecho al Emperador, no solo para corregir y castigar al Papa, sino para instituirle y destituirle. Defendia que todas las órdenes del sacerdocio, Papa, Patriarca, arzobispo, obispo y simple sacerdote, tienen una autoridad igual por institucion divina, y aun por jurisdiccion: que San Pedro no tuvo mas autoridad que cada uno de los Apóstoles, y que el que unò de sus sucesores tenga mas que el otro, viene únicamente de la concesion del Emperador, que puede revocarla. Con esto las anticipaciones recíprocas de una de las dos potestades sobre la otra, daban lugar á represalias las mas escandalosas; y obscureciendo todos los principios, tendian á sepultar el órden público en una confusion ruinosa.

7. Recibieron al Emperador en Pisa del mismo modo que en Roma, con grandes señales de alegría de parte de un pueblo ciego que siempre comenzaba por ser presa de los grandes. Mandó pu-

blicar allí, como en Roma, la sentencia de deposición contra Juan XXII, y habiendo abierto de este modo el camino á Pedro de Corbiere, llamó á este Antipapa, que verificó su entrada como Sumo Pontífice, acompañado de seis cardenales. Saliéronle al encuentro los eclesiásticos y los religiosos, seguidos del Emperador, de los señores y de otros legos en gran número, unos á pie y otros á caballo. Pero los hombres de bien y los ciudadanos de buen juicio, al verlos pasar gemían á vista de esta farsa impía, y la calificaban altamente de abominación. Sin embargo, el Antipapa subió al púlpito, y concedió una indulgencia por la cual perdonaba la culpa y la pena á cualquiera que se confesase dentro de ocho dias, despues de haber renunciado al Papa Juan. Hizo tambien cardenal á Juan Visconti, hermano de Azon, señor de Milan.

Mas no hallando otro medio mejor que el aparato de los rayos de la Iglesia para mantener los terrores é ilusiones populares que eran su principal apoyo, quiso escomulgar de nuevo al Papa Juan, al Rey Roberto de Nápoles, y á los florentinos sus parciales mas celosos. Fue indicada la asamblea para el 18 de Febrero de este año de 1329, y nada se omitió para atraer á ella una multitud de concurrentes. El número sin embargo no fue mas que mediano. A mas del horror que los fieles sensatos profesaban á estos conventículos criminales, en el momento de juntarse sobrevinieron una lluvia, un granizo, un viento horrible, en una palabra, el hu-

racan mas furioso, dicen los autores de aquel tiempo y de aquel pais, que jamás se habia visto en Pisa. Envió el Emperador á su mariscal por la ciudad, con tropas de á pie y de á caballo, para hacer concurrir por fuerza á los ciudadanos. Nada se adelantó: los concurrentes fueron muy pocos, y el mariscal, en esta empresa arriesgada, fue penetrado de un frio mortal, que correspondió á la violencia del huracan (1). Tomó al anochecer un baño caliente, en el que echaron aguardiente: el baño se inflamó, y el mariscal pereció en él. Este accidente fue como un agüero fatal contra el Emperador y el Antipapa, cuyos negocios hizo declinar notablemente.

8. Salió Luis de Pisa por el mes de Abril siguiente, en donde las exacciones insoportables, unidas á otras causas, le conciliaban únicamente la indignacion de aquellos ciudadanos. Apenas habia salido, cuando los pisanos trataron de paz con los florentinos y demás partidarios del legítimo Pontífice. Quedó el Antipapa solo, y como abandonado del Emperador que empezaba á hallarse embarazado con su persona, y se vió reducido á implorar la proteccion del conde Bonifacio Donaratico, uno los ciudadanos mas poderosos de Pisa, que le tuvo oculto en su casa: lo que efectuó con tanto secreto que todos los ciudadanos creyeron que se habia fugado. Anunciáronlo asi desde luego al Pontífice por medio de embajadores encargados de darle sa-

(3) *Vill. lib. 10. cap. 123.*

tisfaccion, y de pedirle la absolucion de las censuras en que reconocian haber incurrido. Observamos por su declaracion, que Luis de Baviera solo habia ocupado su ciudad á viva fuerza, despues de un mes de resistencia por su parte, y sin esperanza alguna de recibir los auxilios que aguardaban mucho tiempo habia. Admitió el Pontífice estas excusas, y les dió la absolucion.

Obró del mismo modo con los romanos, quienes enviaron á Ildebrandino, obispo de Pádua, á pedirle perdon de no haberse opuesto á la intrusion de Pedro de Corbiere y á la coronacion de Luis. Movidos de la condescendencia y de la indulgencia paternal con que el Pontífice les restituyó su amistad, tornaron á enviarle una embajada mas solemne, la que en presencia del Papa y de los cardenales declaró, que á él solo pertenecia el señorío de la ciudad de Roma, y que ellos habian pecado gravemente recibiendo en ella á Luis de Baviera, consintiendo que fuese coronado Emperador, y que á Pedro de Corbiere le instituyesen Papa (1). Protestaron que la tiranía de Sciarra Colonna, y la seduccion de Marsilio los habia violentado á ello. Para expresar sus sentimientos del modo mas conciso y auténtico, llevaban los embajadores cartas cerradas, que se abrieron entonces: estas contenian que los romanos estaban muy arrepentidos y estrechamente afligidos por los escesos cometidos contra el Papa y la Iglesia, y que pedian perdon con

(1) *Rain. ann. 1330. num. 40.*

humildad profunda y con una sumision á toda prueba. Siguieron sin dilacion el ejemplo de Roma la mayor parte de las ciudades de Italia.

9. Luis de Baviera que hacia grande aprecio de las producciones de la escuela y de las sutilezas de los dogmatizadores que le dictaban sus declaraciones pedantescas, cuidó en gran manera de llevar consigo á Alemania la nueva y preciosa recluta que acababa de hacer en Pisa. Allí fue donde acudieron en fin á unirse con él, sin rebozo y con toda la insolencia de la apostasia, Miguel de Cesena, general de los frailes menores, Boncortésio, ó Buonagrancia de Bergamo, procurador general, y Guillermo Ocam, provincial de Inglaterra. Cuando estos supieron la intrusion de uno de los suyos al pontificado, huyeron todos tres de Aviñon, donde estaban presos por su obstinacion en resistir á las decisiones del Papa Juan sobre la pobreza apostólica. Acusaban á Miguel de haber aspirado á ser Antipapa; por cuya razon Juan XXII procedió contra él con severidad particular (1).

10. Publicó una bula el jueves santo, 20 de Abril de 1329, en que despues de reprenderle el haber dogmatizado contra las constituciones de la santa Sede, y el haberse adherido así al Antipapa Pedro, como á Luis su fautor, le privó como á herejiarca y cismático de todo oficio, honor y dignidad.

11. En su consecuencia, los frailes menores en

(1) *Id. ann. 1328. num. 63. et 81.*